



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

25 de febrero de 1888

Núm. 17



LOS NIÑOS EN LA MUDANZA

Ayuntamiento de Madrid

EL HUÉRFANO

(RECUERDOS DE UN VIEJO)



RA yo muy niño cuando murió mi madre. Lo recuerdo como si fuese ayer, á pesar de haber transcurrido tantos años.

Cuando un día volví del colegio me llevaron al último cuarto de la casa, recomendándome que no hiciera ruido.

—¿Qué ocurre?—pregunté alarmado.

—Nada,—me respondió mi padre;—que á tu mamá le duele la cabeza. Ponte á jugar y no salgas de aquí.

Al día siguiente ocurrió la misma escena. Yo tenía vivos deseos de ver á mi madre. Así lo manifesté á las personas que estaban á mi alrededor, prometiendo no molestarla y salir en seguida de su cuarto.

No sé si por mis ruegos, ó porque ella lo deseara también (ahora me inclino á creer lo último), me llevaron á su presencia una tarde.

Mi madre era joven y hermosa. Aun la veo reclinada en las blancas almohadas, con las mejillas pálidas, los ojos hundidos, el hermoso cabello revuelto sobre su cabeza, como un haz de oro...

Cuando me vió se enterneció mucho. Me besó mil veces con verdadero delirio, y me sacaron de su cuarto llorando amargamente.

Y... no volví á verla más.

Después no me llevaron al colegio, pero no me encargaron tampoco que no hiciese ruido.

En la casa había cesado el silencio: volvió á sonar la campanilla de la puerta, y los criados hablaban alto. Yo no me atrevía á preguntar por mi madre: instintivamente me temía una desgracia y lloraba á solas.

Aquel día no miré mis juguetes, y mis libros de estampas permanecieron cerrados. Ya de noche, entró mi padre en el cuarto donde yo estaba y me abrazó llorando. Entonces no me pude contener y le dije:

—¿Cómo está mamá?

—Está descansando,—me contestó lacónicamente;—y salió de mi cuarto.

Otro día más, y me dejaron ir por toda la casa. Entré en el cuarto de mi madre, fluctuando aún entre la duda y la esperanza. Lo encontré todo cambiado: estaban los salones abiertos, el suelo recién fregado; la cama había desaparecido.

Ya no me cupo duda alguna: ¡había muerto aquella santa que me había dado el ser!

*
**

Pasada una semana, me volvieron á llevar al colegio. Aunque en aquella tierna edad todas las impresiones son rápidas, recuerdo que la vuelta á mis clases y la vista de mis amigos, tan felices como lo era yo poco tiempo antes, me produjo una sensación dolorosa.

Al entrar en la clase, mi profesor, que era un señor anciano y bondadoso, se levantó y salió á mi encuentro.

Yo incliné mi cabeza contra su pecho, llorando, mientras él, conmovido y estrechándome entre sus brazos, exclamó á media voz:

—¡Pobrecito huérfano! Lloro, llora; desahógate.

No podría explicar la impresión desconsoladora que me causaron estas palabras. Parecía que hasta aquel momento no había yo comprendido bien mi infortunio: hasta que había oído de labios extraños aquella frase, no me convencí de que había muerto mi madre. ¡Huérfano! ¡Cuántas veces pronuncié mentalmente esta palabra!

Me acuerdo de que en cierta ocasión pregunté á mi madre el significado de ella con motivo de un niño de corta edad que iba á casa, á quien llamaban de este modo.

Era una pobrecita criatura, sucia, mal vestida, que solía ir de vez en cuando para llevarse lo que sobraba de la comida y la ropa que yo desechaba.

—Ese niño, — me dijo mi madre, — es digno de respeto y de consideración porque su mamá se ha muerto. Como el angelito está solo en el mundo, no tiene quien le haga trajes bonitos, quien le cuide, ni quien le halague como yo hago contigo... ¡Pídele á Dios que á ti nunca te llamen de ese modo!



Los niños en la mudanza

El recuerdo del huérfanito hirió tan vivamente mi memoria, que desde aquel momento me juzgué más desgraciado que me había creído antes.

Mis amigos trataban de distraerme y consolarme cuanto podían, y yo procuraba disipar mi tristeza por no apurarlos. Mas á cada instante había motivo para que mi dolor se renovará: ora una palabra, ora una pregunta, una alusión, un nombre, resucitaban en mi pensamiento la idea.

A veces la charla de mis amigos levantaba en mi imaginación penosas reminiscencias.

—¿Quién te ha comprado esto?—oía decir á unos chicuelos.

—Mi mamá.

—¿Quién te ha hecho este trajecito? ¿Quién te ha bordado este pañuelo?

—¡Mi mamá, mi mamá!..

Y yo pensaba en mi dulce y buena madre, que me prodigaba todos estos cuidados y á la cual no había de ver más en la vida... Miraba mi vestido de luto, mi ropa sin gracia alguna, como hecha por manos mercenarias; confeccionada para ganar un jornal y no con el afán de adornar y embellecer mi persona.

Yo no podía pronunciar ya más aquel nombre sagrado que había llegado á ser para mí tan santo como el nombre de Dios. ¡Jamás saldrá de mis labios aquella palabra bendita sino para unirla á mis dolores y á mis plegarias!

* *

Los años trascurridos en el colegio fueron de rudo pero provechoso aprendizaje. Allí me adiestré en las luchas de la vida; y más tarde, cuando en país extranjero tuve que vivir solo y entregado á mis propias fuerzas, comprendí mejor que nunca el vacío que rodeaba mi existencia.

No volví á ver á mi padre, que ocupaba un destino en Ultramar. De tarde en tarde sabía de él; y, aunque no existían ya resentimientos porque hubiera contraído nuevas nupcias, jamás quise volver á visitar el hogar donde había vivido mi santa madre.

Al fin, cuando cumplí treinta años, me casé, y el dulce y casto cariño de mi esposa fué cerrando poco á poco las heridas de mi alma embelleciendo poderosamente mi vida.

Pero confieso que el recuerdo de mi madre jamás se borró de mi memoria, y que no dejé de crearme huérfano y solo en el mundo hasta que unos chiquitines de cabellos rubios y ojos de cielo alborotaban la casa como diablejos, y, entre risas locas y voces de angelitos, les escuchaba pronunciar este nombre para mí tan querido y tan sagrado:

—¡Madre, madre mía!

H. GINER DE LOS RIOS



LA MANZANA DE NEWTON

UNA tarde de estío, hallábase el sabio inglés tomando el fresco á la sombra de un corpulento manzano. La soledad que allí se disfrutaba y la placidez de la luna convidaban á la meditación. Newton admiraba el hermoso panorama que se extendía á su vista; pero, por la concentración de su mirada, echábase de ver que meditaba.

De pronto un incidente sencillísimo le distrajo de sus reflexiones: una ráfaga de aire pasó rozando las manzanas, é, instantáneamente, una de las hermosas frutas, desprendiéndose de su rama, fue á dar contra su cabeza.



La lección de los ratones

Nuestro hombre tomó la fruta entre sus manos, sugeriéndole su vista la siguiente reflexión:

«Una manzana no piensa ni discurre: si se ha desprendido de su rama no ha sido porque ella lo haya así dispuesto. La fuerza que la ha hecho caer proviene de alguna parte. Además la manzana ha caído hacia la tierra: ¿por qué no ha ido hacia arriba, ó en dirección horizontal? Cuanto se desprende de lo alto cae á la tierra como esta hermosa fruta: luego existirá alguna ley de atracción que lo empuja hacia ella. Puede considerarse como seguro que la tierra atrae y sujeta á cuantos objetos y seres la rodean.»

El sabio recordó entonces que los cuerpos que están en contacto, con tal fuerza se unen que es imposible á veces separarlos; se acordó asimismo de que, cuando se echan pedazos de corcho en una palangana de agua, los corchos se unen entre sí ó van aproximándose á la orilla hasta tocarla; y pensó que no



El
guila herida

sólo la tierra ejerce atracción sobre cuanto la rodea, si que también los demás cuerpos se atraen mutuamente.

Una gota de agua desprendida de las nubes ó de alguna manga de riego cae siempre á la tierra en dirección vertical; pero si la gota chorrea de alguna hoja ó en alguna rama, tarda mucho más tiempo en desprenderse, y cae atraída por la tierra, ya que, como

cuerpo mayor, tiene mucha más atracción que el pequeño que la sujetaba.

Puede observarse también que cuando un corcho puesto en el agua se va acercando á la orilla, anda más deprisa cuanto más se acerca á ella; lo que demuestra que los cuerpos atraen más cuanto más corta es la distancia. No están exentos los astros de esa ley de atracción: cuando navegando se ve la luna encima de la cabeza, las aguas se levantan, y bajan cuando la luna se va; siendo considerablemente mayor la altura de las aguas cuando el sol y la luna se hallan juntos. Se atraen, pues, desde los diminutos granos de arena hasta los grandes mundos de los astros, aunque con fuerza distinta según el grandor y distancia.

La atracción se llama *gravitación universal* cuando se ejerce entre la tierra, el sol, la luna y las estrellas; *gravedad* cuando se verifica entre la tierra y los cuerpos próximos á su superficie; *cohesión* si tiene efecto entre pequeñas partes del globo; y *afinidad* si las partes son de diferente especie.

Como la tierra atrae los cuerpos con una fuerza relativa á su tamaño, si fuera más pequeña los cuerpos que atrae pesarían menos. Por manera que un objeto que en nuestro planeta pesase una arroba, en la luna, que es mucho más pequeña, apenas pesaría media libra.

Desde el origen del mundo, millares de manzanas se habían desprendido de los árboles, y nadie se había preocupado por su caída: un día quiso Dios que una manzana fuese á dar contra la cabeza de un hombre sabio para que fructificase cual semilla echada en campo fecundo.

Así Newton fué, en cierto modo, el elegido por la Providencia para revelar al mundo los maravillosos secretos que guardaba ocultos la madre Naturaleza.

A. OZORES

LA ROMERÍA DE SAN ANTONIO

SEGURAMENTE no hay un pueblo en España que no celebre con gran devoción el día del Santo protector de los niños; pero ninguno con tanto entusiasmo como Olivera, aunque es uno de los más insignificantes.

Allá, sobre el monte que le resguarda de los ímpetus del vendabal, brilla la blancura del santuario entre el verdor de los árboles que le rodean, irguiéndose más lozanos que los de la llanura. Nada más regular que esto lo atribuyan los vecinos á la influencia del San Antonio que veneran en el único altar de aquella iglesia en miniatura.

Aunque tallada toscamente en madera, la imagen reluce como el oro, y el niño que sostiene en sus brazos está risueño y sonrosadito como una madre puede imaginárselo.

En el monte se crían el romero, la madre selva, la salvia, el tomillo y, sobre todo, las vistosas y fecundas retamas, que decoran la cumbre y la falda en tal abundancia que su penetrante aroma de mieles llega á producir mareos deliciosos.

Nunca van los vecinos á cogerla hasta la víspera de San Antonio, y cuidan de advertírselo á los forasteros, á fin de que no falten á esa costumbre religiosamente observada por ellos.

Pero aquel día, al rayar el alba, padres é hijos, ancianos y niños, en los brazos de sus madres los pequeños, con el apoyo de brazos ó de muletas los que no pueden caminar, y hasta en camillas los enfermos (camillas cuya conducción se disputan los sanos); todo el pueblo corre al monte, como enjambre que se precipita sobre un panal.

Todos hacen sus ramos, procurando escoger las retamas más frescas, con las flores abiertas en la base, pero á medio abrir en los extremos.

Ya está aguardando en el santuario el sacerdote para decir la misa en que ha de bendecirlos, misa que pagan todos á escote; ya llegó el momento con tanto afán esperado.

¡Es de ver cómo las solícitas madres se adelantan con los más pequeñuelos, y, sosteniendo las amarillas flores entre sus tiernas manecitas, los levantan sobre sus cabezas para recibir la bendición!

Los angelitos sonríen; algunos baten palmas; otros bracean, queriendo acercarse al niño de San Antonio; háblanle muchos con el gracejo y desorden encantador de la infancia; adóranle todos.

Benditos los ramos, quédanse la mitad en el santuario, cubriendo comple-



El águila herida

tamente el altar los unos, y deshojándose otros en torno hasta formar espesísima alfombra. Los demás los llevan á sus casas, donde, después de presidir á los banquetes de aquel día y del día siguiente, adornan sus rústicas capillas; que en Olivera no hay un solo hogar que deje de estar protegido por una imagen de San Antonio.

**

La fiesta concluye reuniéndose todos alrededor de la más anciana del pueblo á escuchar las leyendas y los milagros de su santo patrono.

Hasta los mozos, aunque aun no están cansados de bailar, se apresuran á unirse al corro para oír á la anciana, guardando religioso silencio.

La última vez que yo estuve en la romería refirió un suceso que es imposible escribir con la elocuencia sencilla con que ella lo contaba.

—Era yo madrina de un niño que se llamaba Jesús,—decía,—tan hermoso y tan bueno que todo el pueblo le llevaba en palmas. Tenía cinco años, cuando la antevíspera de San Antonio desapareció del pueblo, al oscurecer, sin que ninguno pudiese decirnos cómo ni por dónde. ¡Figuraos la consternación de sus padres y la de todo Olivera! Muy pocos de vosotros se acordarán, porque yo era entonces muy mocita y ahora soy bisabuela. Exploráronse todos los caminos, se buscó y rebuscó por el monte y por cuantos escondrijos hay en las cercanías, mandaron propios á los pueblos, y... ¡ni rastro de Jesusito!

Empezó á atribuirse á milagro la desaparición, diciendo alguna vecina que debía habérselo llevado la Virgen Santísima por parecerse tanto á su Divino Hijo. En cambio los hombres recordaban que unos saltimbanquis de la peor traza hubieran pasado cerca del pueblo. ¡Así no necesito encareceros la pena con que subiríamos al monte, al otro día, á coger la retama! ¡Casi todas las mujeres llorábamos en la misa, cuando la madre de Jesusito se abrazó á los pies del Santo! Entonces... (podéis creerme, porque estos ojos míos lo vieron) nuestro glorioso patrono movió un brazo, señalando con la mano hacia el pueblo... ¡Todos corrimos locamente, á ver quién llegaba más pronto!

—¿Y qué?...—prorrumpieron sus oyentes con febril ansiedad.

—¡Encontramos á Jesusito sentado tranquilamente á la puerta de su casa!

—¿Se lo habían llevado los saltimbanquis, abuela?

—Se lo habían llevado, pero San Antonio le protegió para escaparse, guiándole, sin que sufriese ningún mal, por un camino largo y penoso.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL

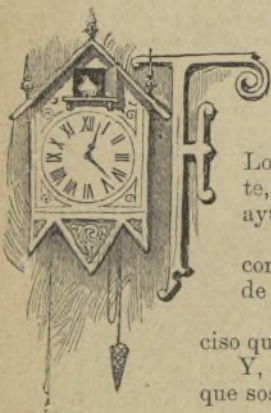




¿Quién alimenta á los gorrlones?

— NUESTROS GRABADOS —

LOS NIÑOS EN LA MUDANZA



FERNANDITO, la señora Juliana se muda, —le dijo Alfredo á su hermano. —¿Quieres que vayamos á ver si necesita que la ayudemos á llevar algunos objetos á la casa nueva?

Los dos muchachos fueron á llamar á la puerta de la casa de enfrente, y preguntaron á la señora si quería que llevasen algunas cosas, ayudándola así en la mudanza de domicilio.

La mujer les abrió la puerta, llevando en las manos un cuadro con su marco y cristal, y un cordón rojo en el centro para colgarlo de la pared.

—Consiento en que me ayudéis, —dijo á los chicos; —pero es preciso que tengáis mucho cuidado.

Y, pasando el cordón rojo sobre el cuello de Fernandito, encargóle que sostuviera el cuadro con las manos.

—Aquí hay para ti, Alfredo, —añadió; —pero temo que pese demasiado. Aquel niño era muy pequeño, á decir verdad; mas parecía resuelto á imitar á su hermano, y contestó al punto: —Haga V. la prueba, señora: ya verá como yo sirvo también para ayudar.

La buena mujer le dió otro cuadro, colocándoselo lo mismo que á Fernandito, y ambos emprendieron la marcha en dirección á la casa nueva, precedidos de la hija de la señora Juliana, que era ya bastante crecida.

Al pasar por una calle, el pobre Alfredo dió un resbalón é hizo algo de daño; pero no sentía tanto esto como la caída del cuadro, cuyo cristal se había roto.

Fernandito y la niña corrieron para ayudar á su compañero, que se mostraba muy afligido por temor de que le riñeran y no le dejaran llevar más cosas.

—No te apures, —le dijeron; —cuenta lo que te ha pasado, sin faltar á la verdad, y tal vez no te riñan.

En aquel instante acertó á pasar un caballero, y preguntó á los niños qué ocurría.

—Se me ha roto el cristal de este cuadro, —dijo Alfredo, —y la señora Juliana me reprenderá. ¿No podría V. hacerme el favor de componérmelo?

—Esto no es posible, —contestó el caballero bondadosamente; —pero te llevaré á una parte para que pongan otro nuevo.

Y, cogiendo de la mano al niño, condújole á un almacén que estaba allí cerca y del cual salió Alfredo, poco después, con el rostro radiante de alegría, con no poco asombro de Fernandito y de Elisa, que le esperaban con impaciencia.

—Me han puesto un cristal nuevo, —exclamó el niño; —pero diré á la señora lo que ha pasado, para que no pierda la confianza en mí.

Hízolo así el niño, y la señora Juliana, en vez de reñirle, elogió su conducta.

LA LECCIÓN DE LOS RATONES

—Hijos míos, —decía una rata á sus hijuelos; —apenas veáis al gato, corred como yo os enseño para ocultaros cuanto antes: dad vueltas en círculo, primero, y saltad después de lado. Siempre veréis al enemigo á vuestro alcance; mas, cuando alargue su garra, redoblad vuestra rapidez é introducidos en cualquier agujero, aunque os cueste dejar en él las orejas. Suponed, ahora, que el gato estuviese aquí: veamos lo que haríais. ¡Oído á la señal! ¡A la una, á las dos, á las tres!

Los ratoncitos desaparecieron con la viveza del rayo, presentándose luego para ver si la madre estaba satisfecha.

—¡Muy bien! —dijo la rata. —Si lo hacéis siempre así, mucha hambre pasará el gato antes que vosotros ni yo caigamos en sus garras.

EL ÁGUILA HERIDA

Dos águilas, macho y hembra, habían fabricado su nido á gran elevación, en un enorme álamo donde se creían completamente seguras. El año anterior pudieron criar allí su prole, y no sospechaban que les amenazara en su guarida el menor peligro.

Cierto día dos cazadores pasaban por allí, y, como una de las aves se hallara en aquel momento revoloteando alrededor del árbol, resolvieron tirar contra ella. Un instante después resonó el tiro, y el ave real cayó con una ala atravesada; pero hizo tan buen uso de las dos, del pico y de las garras, defendiéndose con tal valor, que los



cazadores temieron aproximarse demasiado, y dejaron allí el águila, según creyeron, para morir.

Al día siguiente, un joven que pasaba por un campo, vió el ave herida en un estanque, y acercóse á ella á pesar de lo mucho que aleteaba; pero de pronto sintióse cogido en una pierna por el poderoso pico, sin que le fuera posible desprenderse. Por fortuna llegó, momentos después, un amigo suyo, y entre los dos apoderáronse del águila, atáronla con una cuerda y se la llevaron á su casa, donde, después de curarle el ala, pusieron al águila en una jaula muy grande, y alimentáronla con peces, pájaros y cuanto podían cazar.

Esta real cautiva tenía la cabeza blanca, el plumaje de las alas moteado de color pardusco, y las piernas revestidas de espeso plumón. Con sus poderosas garras hubiera podido arrebatarse un carnero por los aires.

Los dos jóvenes cazadores estaban resueltos á llevar la prisionera á su antiguo nido para dejarla allí tranquila después de haberla salvado de una muerte tan cruel; y segura-

El reloj de Lola

mente que la hembra les quedó muy agradecida al ver de nuevo á su macho, del que tanto tiempo había estado separada.

¿QUIÉN ALIMENTA Á LOS GORRIONES?

—Cuando las enramadas están secas y no ostentan ya su verde follaje; cuando los prados quedan cubiertos de nieve en los crudos días de invierno, sin que se vean ni orugas, ni insectos, ni gusanos; cuando los árboles no ofrecen á las avecillas sus ricos y sabrosos frutos; ¿dónde coméis, pobres gorriones, y cómo es que siempre estáis alegres, sin pensar que mañana os faltará el alimento?

—Nada tememos,—contestan los gorriones.—Aunque los árboles estén sin hojas y los prados cubiertos de nieve y ocultos los insectos, confiamos llegar á la primavera, porque el Señor no abandona á sus pajarillos y nos proporcionará la subsistencia.

EL RELOJ DE LOLA

Lola era una preciosa niña de seis años. El día aniversario de su natalicio despertóse muy temprano, y no quedó poco sorprendida al divisar frente á su lecho el más bonito reloj que jamás había visto. Era de aquellos que llaman *de cuco* porque cada vez que dan las horas producen un sonido análogo al grito del ave conocida por este nombre. Al dar las doce de la mañana, ábrese una puertecilla que tiene en la parte superior, y se ve



Un muchacho caritativo

salir el cuco, que, inclinándose graciosamente, imita doce veces su alegre grito. Después se retira, y la pequeña puerta vuelve á cerrarse.

Tal fué el regalo con que el padre de Lola quiso obsequiar á su hija; y el regalo era muy útil, porque á menudo costaba trabajo hacerla levantar por la mañana.

Desde que la niña tuvo su reloj, prometió levantarse todas las mañanas cuando el cuco cantara seis veces, aunque tuviera mucho sueño; y Lola cumplió su palabra, porque, cuando los niños se empeñan en una cosa, seguro es que lo harán sin que se les amoneste.

A los tres ó cuatro días Lola se acostumbró á levantarse temprano; pues, apenas el cuco cantaba seis veces, saltaba del lecho para vestirse, adquiriendo así una buena costumbre gracias á su reloj.

UN MUCHACHO CARITATIVO

Cierta mañana paseábame yo por una calle, y vi á un gatito blanco y negro, apoyado en una pared, que al parecer no tenía amo.

Siempre que alguno pasaba junto al pobre animalito, éste levantaba la cabeza y mayaba. Por esto comprendí que tenía hambre, mas no me fué posible darle nada de comer.

Precisamente en aquel momento pasó por allí un muchacho que llevaba un jarro de leche: iba cantando y parecía muy contento. Apenas le vió el gatito, levantó la cabeza y mayó como para llamar la atención del chico, quien se detuvo delante del animal.

—¡Pobre gatito!—dijo el muchacho.—Diríase que tienes hambre y que me pides de comer. Si tuviera aquí un plato ó una cazuela, te daría un poco de leche.

Mirando á su alrededor, vió un hoyo junto á unas piedras: echó allí cierta cantidad de leche, y llamó al gatito, que, acudiendo presuroso, no tardó en apurar el sabroso líquido. El buen lechero volvió á echar más, y alejóse satisfecho, como todo aquel que hace una obra de caridad.

Aquel chico tenía seguramente muy buen corazón y generosos sentimientos, y seguile con la vista hasta que desapareció, porque siempre me agradan todos aquellos que son bondadosos y caritativos hasta con los animales.

Cuando me alejé del sitio, el gato quedaba muy contento, lavándose cuidadosamente la cara al calor del sol. Ya no mayaba como antes, porque había satisfecho su apetito.

Si todos los transeuntes tuviesen tan buen corazón como el lechero, el pobre animal no conocería el hambre.

HISTORIA DE UNA SERPIENTE

—¿Queréis saber una historia verdadera?—decía el tío Pedro á los niños que le rodeaban.—Pues á contárosla, que yo mismo he visto lo que voy á referiros.

Erase una serpiente de agua, muy grande, que tenía medio cuerpo fuera de la orilla del río: estaba enroscada y parecía vigilar los pececillos que saltaban á su alrededor. Este reptil, de piel listada, era de aquellos que á veces clavan sus colmillos en los perros que los atacan.

Tenía yo un perro pequeño, muy valeroso, que acometía con furia á las serpientes de toda especie apenas las divisaba, sacudiéndolas hasta que las hacía pedazos; pero un día volvió á casa con la cabeza muy hinchada, dejóse caer al suelo y murió á los pocos días.

Pero ya olvidaba mi historia. Los peces, como decía, jugaban alrededor de su peligroso enemigo, cuando de pronto la serpiente atrapó uno bastante grande. Quiso al punto tragárselo por la cabeza; pero el animal no estaba muerto aún, y, como se agitaba violentamente, la punta de una de sus aletas se clavó en el gáznate de la serpiente, de modo que ésta no pudo digerir su presa. Así estaba cuando yo la encontré con el pez en la boca aún: más de la mitad del cuerpo estaba fuera, pero la cabeza no se veía, y así el pez como su víctima habían muerto.



Un muchacho caritativo



LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

Paulina, sorprendida por semejante apóstrofe, guardó un momento de silencio. Por fin, respondió:

—No espero nada de él, señora: es tan pobre como yo, pero no por eso le quiero menos.

Antes de que la Sra. Crumper hubiese podido comprender estas últimas palabras, habíase Paulina salido ya del cuarto. Su ama permaneció en la misma actitud durante algunos minutos después de su partida, fijos los ojos en el lugar que Paulina ocupaba. Apenas podía volver de su asombro, y una turba de pensamientos dolorosos sitiaba su espíritu.

—Si yo fuese pobre y estuviese á punto de morir, ¿quién me asistiría? No tengo un solo pariente en el mundo que quisiese permanecer á la cabecera de mi cama. No: ninguna persona en el mundo me quiere como esa pobre joven quiere á su hermano, y, sin embargo, es tan pobre como ella.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por el ruido del galope del caballo de Paulina, que pasaba por debajo de las ventanas. La Sra. Crumper trató de dormirse, pero no pudo conciliar el sueño; y al cabo de media hora tiró violentamente del cordón de la campanilla, sacó el portamonedas del bolsillo, contó veinte guineas nuevitas y mandó ensillasen un caballo sin pérdida de tiempo. Después ordenó á su mayordomo que galopase en pos de Paulina y le ofreciese aquella suma entera si consentía en volver.

—Empezad primero por una guinea y aumentad hasta que lleguéis á las veinte,—dijo la Sra. Crumper.—Quiero que me la traigáis aquí, aunque no fuese más que para convencerme de que se la puede tener por dinero lo mismo que á las otras.

El mayordomo, contando el oro en su mano, pensaba que la suma era muy fuerte para la satisfacción de tal capricho. No había visto nunca á su ama en tal disposición de prodigalidad, pero ninguna objeción tenía que hacer. La orden era formal, y obedeció.

Al cabo de dos horas estaba de vuelta, y la Sra. Crumper vió con sorpresa que le devolvía su oro intacto. El mayordomo dijo que Paulina ni siquiera había querido mirar las guineas. La Sra. Crumper cayó en un violento acceso de cólera que no excitaría seguramente la simpatía de nuestros lectores, por lo cual nos dispensaremos de describirlo.

III

Cuando Paulina estuvo á media milla escasa de la granja de su hermano, encontró á Ana, la fiel criada, que no había abandonado á la familia en su adversa fortuna. Esperaba desde por la mañana en la carretera para ser la primera en ver á Paulina. Así que la distinguió corrió al encuentro de la joven: costábale hablar, y Paulina quedó talmente asustada que no pudo dirigirle ninguna pregunta. Puso su caballo al paso corto y guardó silencio.

—¿Por qué no andáis un poquito más aprisa?—dijo Ana con esfuerzo.—Un poco más aprisita... ¡Tiene tantas ganas de veros!

—¿Vive, pues, aún?—exclamó Paulina. Al punto puso su caballo al galope,

y no tardó en encontrarse á la puerta de la casa de su padre. Jaime y Francisco aguardaban su llegada. Al ayudarla á apearse vieron que temblaba hasta no poder tenerse en pie. Quisieron retenerla un momento fuera; pero ella entró, ó, por mejor decir, precipitóse en el cuarto en que yacía su hermano. Había éste perdido casi todos los sentidos y no reconoció á su hermana. Fanny le tendió la mano, mientras con la otra sostenía la cabeza de Jorge. Paulina se acercó de puntillas al lecho.

—¿Está amodorrado? — murmuró.

—No, pero... pero parece que vuelve en sí, —dijo en voz baja Fanny, —y estará contento, muy contento de verte, lo mismo que padre.



Historia de una serpiente

—¿Dónde está padre?—exclamó Paulina...—No le veo.

Fanny le designó el fondo del cuarto, donde el anciano estaba rezando. Como los postigos estaban entornados, no podía distinguir más que un débil rayo de luz que brillaba en sus cabellos grises. Levantóse, se acercó á su hija con ademán lleno de tristeza y de resignación, y, estrechándole la mano entre las suyas, dijo:

—Pobrecita mía... Ya ves... hay que resignarnos á perderle... Hágase la voluntad de Dios.

—¡Oh, padre! Hay esperanza todavía: sí, de seguro hay esperanza... Ved... El color vuelve á sus labios, abre los ojos... ¡Jorge! ¡Querido Jorge! ¡Mi buen hermano! Soy tu hermana, Paulina... ¿Sabes?... Tu hermana Paulina...

(Se continuará)

SOLUCIONES Á LAS CHARADAS DEL NÚMERO ANTERIOR:

COLOSO.—PARDIEZ.—CÁCERES.—CÁCERES.—EFEMÉRIDE.—CADETE.—CÁNONES.—CÁCERES.—ARADO.—BOTICA

CHARADAS

Yo bien sé, caros lectores,
que ha habido algunas charadas
de las que suelo escribir
en que salieron erratas,
aunque de tan poca monta
é importancia tan escasa
que la cosa no impidió
que infinitos acertaran,

como que eran solamente
todo, minuta pecata.
¡Qué! ¿Qué es *todo*, me decís?
Sabadlo, pues, sin tardanza:
mi *primera* repetida
es un animal-monada,
delicioso, graciosísimo,
vivo, radiante de gracia;

mi *segunda*... ya es distinto,
y hay que saber la gramática
latina... es un pronombre
relativo, pero ¡calma!
los que no sabéis latín
lo adivinaréis, sin falta,
diciéndooos que *hace* como
cuando á un perrito se llama;
mi *tercera* es una nota
musical; y, ahora, mi *cuarta*
es igual que mi *segunda*.
Ya sabéis, pues, la charada.



Tres cinco prima si alguien
cuatro cinco le dispara,
ó si ve que algún ladrón
dos tres cinco alguna casa,
ó si con *cuatro* le da
un cualquiera una puntada.
El ejército enemigo
dos tres por allí pasa.
El *todo* es un pueblo hermoso.
Preguntad en Salamanca,
y de fijo os lo dirán,
pues saben de que se trata.
(Un madrileño dirá
que *tres dos* está charada.)
Lo mejor es que eso de
que una *dos tercera cuarta*

quinta, cualquiera comprende
que es una solemne farsa.

Prima, ó no *prima*, dijo uno
ayer tarde en la gran *dos*;
y, sin esperar á más,
á la *todo* se marchó.

Es mi *prima* interjección,
y la *tercia* su plural,
con perdón
de la ley gramatical.
Prima y *dos* en el blasón,
ó detrás de algún portal.
Bien merece execración
el *todo*, gran criminal.

Lloraba el *prima prima*
pidiendo á *dos* y *dos*;
y para distraerle
del lloriqueo atroz,
lleváronle corriendo
á ver la función
que en *dos prima segunda*
daba un famoso clown
que pocos días antes
de mi *todo* llegó.

Prima dos acierta usted,
verá que el *todo* un rey fué.

ORESTE S

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 y 367, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 y 367.—BARCELONA.